

## ¿FUE LA COLECTIVIZACIÓN REALMENTE NECESARIA? APORTES RECIENTES A UN PROLONGADO DEBATE\*

WAS THE COLLECTIVIZATION REALLY NECESARY? RECENT CONTRIBUTIONS TO A  
LONG DEBATE

JORGE SABORIDO A.  
Universidad de Buenos Aires  
Buenos Aires, Argentina  
Email: jorge\_saborido@hotmail.com

### RESUMEN

El artículo propone la revisión de las últimas aportaciones al largo debate vinculado con la colectivización de la agricultura soviética ordenada por Stalin en 1929. Más allá de las pavorosas consecuencias sociales, objeto también de polémica historiográfica, se discute si su objetivo, la creación de granjas colectivas destinadas a contribuir a la modernización del país, cumplieron efectivamente esa función.

**Palabras clave:** Estalinismo; colectivización; granjas colectivas; modernización.

### ABSTRACT

This paper proposes the revision of the last contributions to the long debate linked with the collectivization of the soviet agriculture ordered by Stalin in 1929. Beyond the appalling social consequences, also object of historiographical debates, we discussed if his objective, the creation of collective farms destined to the modernization of the country, effectively fulfilled that function

**Keywords:** Stalinism; Collectivization; Collective Farms; Modernization.

---

\* Recibido: 29 de septiembre de 2017; Aceptado: 14 de noviembre de 2017.

## 1. INTRODUCCIÓN

Los primeros meses de 1921 fueron de enorme tensión económica y social para el régimen instaurado en octubre de 1917. El triunfo en la Guerra Civil era ya incuestionable, pero se agravaron problemas ya existentes cuando los Generales Blancos dejaron de ser una amenaza. A las protestas obreras provocadas por la escasez de alimentos y bienes de primera necesidad se sumaron las rebeliones campesinas, que en regiones alcanzaron enorme significación y constituyeron un verdadero desafío para el gobierno de Moscú, según han afirmado Pirani (2009), Graziosi (2009) y Figes (2009). El alzamiento de Kronstadt fue sin duda el acontecimiento más dramático, obligando a los bolcheviques a desatar una durísima represión sobre quienes habían tenido un desempeño importante en ocasión de la Revolución como han investigado Mett (1967), Avrich (1974) y Getzler (2002).

En este escenario se llevó a cabo en marzo el X Congreso del Partido Comunista, en el cual se adoptaron por los menos dos disposiciones de trascendencia: por una parte, la decisión de prohibir las facciones dentro del Comité Central; se trataba sin duda de una decisión coyuntural, resultado de conflictos internos vinculados con temas como la polémica que había generado la cuestión de la militarización del trabajo, según ha enfatizado Service (2001). Pero además, y éste es nuestro tema, Lenin impulsó la puesta en marcha de lo que se denominó la Nueva Política Económica (NEP). De esta manera se ponía fin al denominado “comunismo de guerra”, una política de confiscación de los excedentes campesinos destinados a alimentar a las ciudades y a las tropas del Ejército Rojo.

Al presentar la NEP, Lenin reconoció explícitamente el fracaso del comunismo de guerra explicando la necesidad de dar “un temporario paso atrás” en la construcción del socialismo, aceptando el retorno de la propiedad privada, del mercado y de instituciones capitalistas. En cierto modo, se estaba retornando a la idea de impulsar una etapa de “capitalismo de Estado”. En esos dramáticos momentos, una transformación de tal calibre no generó mayores polémicas; como dijo el mismo Lenin: “fue dictada por circunstancias tan poderosas y convincentes que no hubo debates ni diferencias de opiniones entre nosotros” (Erlich 3). Se trataba, en pocas palabras, de restablecer los vínculos (*smychka*) entre el campo y la ciudad a través del mercado.

El elemento clave de la NEP era el reemplazo de las confiscaciones de grano por la introducción de un impuesto proporcional aplicado al campesinado (*prodnalog*), quien luego de haberlo abonado quedaba libre de vender sus excedentes a los precios que establecieran los mercados, fueran éstos los centros estatales o los compradores privados. Por supuesto, la nueva realidad implicaba la legalización del comercio privado y también la posibilidad de que los campe-

sinos arrendaran tierras y contrataran trabajo asalariado, lo que estuvo prohibido durante la vigencia del comunismo de guerra. Para aprovechar esta coyuntura, muchos campesinos optaron por abandonar la comuna<sup>1</sup> y se instalaron en parcelas individuales cercadas. Como consecuencia, se produjo un incremento en la diferenciación social en el ámbito campesino, aumentando el número de campesinos ricos, los *kulaks*, aunque su cuantía no ha se podido determinar con precisión.

En la industria también se produjeron cambios: las empresas de menos de 20 trabajadores dejaron de estar en manos del Estado; unas pocas retornaron a sus antiguos propietarios y surgió también un número de capitalistas en pequeña escala. Por su parte, las grandes empresas nacionalizadas tuvieron una cierta autonomía para comprar materias primas y negociar contratos de venta de su producción. Sin embargo, como había afirmado Lenin, “las palancas de la economía seguían firmemente en manos del Estado” (Lowe 158).

Ball (1987) ha sostenido que uno de los rasgos característicos de esta nueva realidad socioeconómica fue el surgimiento de los “nepmen”, intermediarios que realizaban variadas operaciones de compra-venta aprovechando una situación a la cual muy pocos estaban acostumbrados. Se trataba del embrión de una modesta burguesía que generaba celos y envidia en el resto de la sociedad.

Los resultados de la NEP en términos cuantitativos fueron positivos: con toda la cautela que exigen estadísticas incompletas y poco fiables, parece indiscutible que en 1928 tanto la agricultura como la industria habían superado sus niveles de preguerra, lo que no ocurría con el comercio exterior, aunque sin duda superó el profundo bache producido durante el comunismo de guerra (Gregory y Stuart 63). En el caso particular de la agricultura, Danilov (1988) ha sostenido que el incremento tanto de la superficie sembrada como de la producción fue importante, aunque por supuesto variable de acuerdo a los tipos de cultivo y man-

---

1 Un elemento importante a tener en cuenta es la continuidad, tras la emancipación de los siervos, de una organización socioeconómica basada en la comuna de la aldea (*mir*). Ésta ha sido definida como “un grupo humano, con una base territorial, unido por lazos de interacción social e interdependencia, por un sistema de normas y valores establecidos, que poseía un alto grado de autosuficiencia” (Shanin 60). El gobierno era ejercido por una asamblea de ancianos campesinos, que regulaba todos los aspectos de la vida cotidiana. El *mir* estaba compuesto por un conjunto de familias organizadas en unidades domésticas, que buscaban primordialmente satisfacer las necesidades de consumo de sus integrantes, para lo cual se utilizaban casi con exclusividad la fuerza de trabajo familiar. Una unidad doméstica campesina solo conservaba en forma hereditaria una pequeña parcela alrededor de la vivienda. La superficie cultivable de la explotación que le correspondía estaba constituida por una cuota proporcional de tierra concedida por la comuna; otra parte de la tierra se reservaba para uso colectivo (pastos y bosques).

teniendo, salvo excepciones puntuales, los instrumentos técnicos tradicionales<sup>2</sup>. Estos logros iban acompañados de problemas serios, como la persistencia de una elevada inflación e inestabilidades recurrentes producto de las fluctuaciones en las cosechas, lo que generaba permanentemente la sospecha entre los bolcheviques de sabotaje por parte de los *kulaks*<sup>3</sup>.

El hecho de que la NEP constituía por lo menos un parcial retorno al capitalismo, al poco tiempo de su instauración fue objeto de encendidos debates, que se incrementaron tras la muerte de Lenin. Incluso antes, al poco tiempo de instaurarse, ya aparecían duras críticas: “No somos nosotros los que estamos dirigiendo la nueva política económica; es justo lo opuesto; la nueva política económica nos dirige a nosotros” (Siegelbaum 85).

El tema central, por supuesto, era la necesidad impostergable de impulsar la industrialización para superar el atraso de la economía soviética. Las razones eran obvias: la consolidación de una realidad internacional en la que, lejos de las expectativas de sus protagonistas, la Revolución no había podido superar los límites de la Unión Soviética, obligaba a consolidar su situación como alternativa al capitalismo, y ello implicaba afrontar los desafíos de la modernización con una estrategia diferente.

La cuestión podía plantearse en estos términos: ¿era posible pensar, como afirmó Lenin en su último discurso público que “la Rusia de la NEP se va a convertir en la Rusia socialista” (Kotkin 727)<sup>4</sup>; o, por el contrario, la NEP conducía a un callejón sin salida y debían adoptarse medidas destinadas a resolver a la vez 1) el problema económico: asegurar la disponibilidad de crecientes cantidades de grano para el consumo interno y para la exportación, y 2) el problema social: neutralizar la potencial amenaza de los *kulaks*, los principales productores del sector agrario, en condiciones de poner en riesgo la estabilidad del régimen con su capacidad de presión sobre el mercado.

El punto de partida elemental para entender el debate -y la solución que finalmente se adoptó- es que, haciendo una descripción estilizada, la economía soviética estaba compuesta por 1) un sector agrario mayoritariamente en manos privadas o de las comunas, en condiciones de producir alimentos a bajo precio

---

2 Este autor puntualiza que en esos años las granjas colectivas, si bien todavía minoritarias, fueron las que en mayor medida adoptaron los más modernos métodos de cultivo.

3 Lo que se ha dado en denominar “mentalidad de asedio”, la idea de que el régimen estaba en permanente riesgo, amenazado por conspiraciones internas y externas, fue una constante desde el momento del triunfo de la Revolución e involucraba a todos los máximos dirigentes, desde Lenin hasta Stalin.

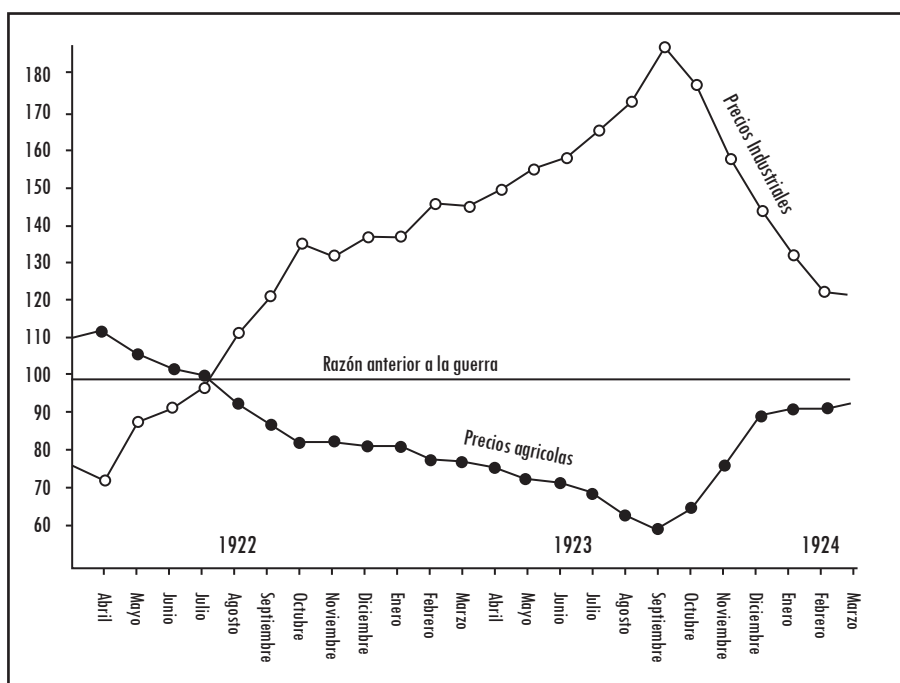
4 Como se aprecia en el texto, desde la puesta en marcha de la NEP hasta sus últimos días de lucidez, Lenin modificó su opinión sobre su importancia y posible duración.

-debido sobre todo a la fertilidad de la tierra y no a la aplicación de una tecnología avanzada- con una posibilidad de crecimiento, sobre todo en las tierras en manos privadas, sujeta a las señales del mercado interior y exterior, y 2) un sector industrial de baja productividad y altos precios, casi en su totalidad en manos del Estado. Esa situación tan desigual dio lugar a la aparición durante los primeros tiempos de la NEP de la llamada “crisis de las tijeras”, surgida del aumento de los precios industriales y la disminución de los precios agrícolas (Gráfico N°1).

Frente a la inestabilidad de la NEP, sumada a la desconfianza que generaba una realidad social en la cual el surgimiento de los *nepmen* aparecía como un desafío al proceso de igualación social que se había producido durante el comunismo de guerra, se dispararon las alarmas y se multiplicaron los debates.

Las discusiones giraban alrededor de la búsqueda del rumbo adecuado para impulsar el crecimiento y el aumento de la productividad de la industria, en un escenario caracterizado por la imposibilidad prácticamente total de disponer de capitales provenientes del exterior.

**Gráfico 1.** Crisis de las tijeras: movimiento de los precios al por menor de los productos agrícolas e industriales. Base 100 = 1913



Fuente: (Saborido 17)

En un resumen puede afirmarse que las posiciones eran tres:

1) Un crecimiento basado en el impulso de la agricultura en un escenario caracterizado por la existencia de un mercado y una planificación limitada al corto plazo. Su principal defensor, León Shanin, integrante de la reducida extrema derecha del partido, sostenía que la inversión en la agricultura permitiría mejorar su productividad reduciendo las tensiones inflacionarias e impulsando la posibilidad de aumentar las exportaciones, lo que facilitaría entonces la importación de maquinaria de avanzada tecnología. En la medida en que el sector agrícola, en pleno crecimiento, tenía una significativa capacidad de ahorro, esta circunstancia permitiría, en una segunda etapa, direccionar la inversión hacia la industria pesada. Como es fácil percibir, esta propuesta era políticamente inviable por lo que no hubo un sector significativo que la defendiera.

2) Un crecimiento basado en el desarrollo industrial, sobre todo la industria pesada en manos del Estado, financiado por el sector agrario a partir de un “intercambio desigual” -vender caro los productos manufacturados y comprar barato la producción agraria- y de un incremento de la tributación. El teórico de esta orientación era Eugene Preobrazhenski (1972) y quien en su obra más conocida introdujo el concepto de *acumulación primitiva socialista*, tomando como base el famoso capítulo XXIV de *El Capital*. Su idea era que el atraso de la industria rusa respecto de las potencias capitalistas era tan notorio que solo un enorme esfuerzo de inversión podría cerrar la brecha y, dadas las limitaciones de orden fundamentalmente político que presentaba el escenario internacional para acceder a capitales provenientes del exterior, los recursos solo podrían provenir del único sector en condiciones de ahorrar. La postura de Preobrazhenski reflejaba el sentir de un sector importante de la dirigencia, para quien el campesinado era un potencial enemigo, y la ampliación y consolidación de un amplio sector industrial en manos del Estado era considerada la vía adecuada hacia el socialismo.

3) Un crecimiento basado en el desarrollo equilibrado de la industria y el campo, manteniendo el funcionamiento del mercado. Nicolai Bujarin, el prestigioso dirigente protagonista de la Revolución pese a su juventud, incluso líder de la Oposición de Izquierda que se manifestó en contra de firmar la paz con los alemanes, fue el principal defensor de esta posición, “de derecha” en esos momentos de polémica, según ha sostenido Cohen (1976). En su análisis existía un punto de partida optimista: la industria controlada por el Estado estaba en condiciones de demostrar su superioridad y a partir de ella el sector agrario iba a orientarse hacia la organización colectiva. Mientras esto ocurriera, los campesinos debían continuar incrementando su producción -se hizo famosa su frase dirigida a los *kulaks*: “Enriqueceos”-, y descartaba el hecho de que pudieran

constituir un peligro para el régimen en tanto el proletariado estaba en condiciones de controlar políticamente las tendencias antisocialistas del campesinado, manteniendo la armonía entre ambos sectores. Por lo tanto, Bujarin fue, por lo menos hasta 1925, un defensor de la continuidad de la NEP<sup>5</sup>, y realmente pensaba que ésta era la posición de Lenin.

## 2. LA COLECTIVIZACIÓN Y SUS INTERPRETACIONES

La ardua lucha política que se libró en las altas esferas del poder soviético a partir de la muerte de Lenin culminó con el triunfo de Stalin, quien se impuso primero a la coyuntural alianza de Trotsky, Zinoviev y Kamenev, y luego a la “oposición de derecha” liderada por Bujarin<sup>6</sup>. Una vez eliminada la oposición, Stalin, que hasta ese momento no se había alineado de manera clara en el debate sobre el futuro -aunque siempre mostró su desconfianza respecto a los *kulaks* y los *nepmen*- puso en marcha en 1928 un proceso planificado destinado a impulsar el desarrollo de la industria, el denominado Primer Plan Quinquenal, y en noviembre del año siguiente procedió a ordenar el comienzo de la colectivización de la agricultura<sup>7</sup>. Con mano dura cortó por lo sano con todas las discusiones: el sector agrario, visto como una amenaza por el dictador<sup>8</sup>, va a sufrir una transformación radical, desapareciendo en pocos años la propiedad privada de la tierra, reemplazada por millones de granjas colectivas estatales (*sovjoses*) y cooperativas (*koljoses*). A la vez que se concretaba finalmente la aplicación de las ideas bolcheviques sobre el campo, se aspiraba a que el sector colectivizado suministrara los productos demandados por la población urbana.

La bibliografía relativa a las consecuencias sociales de la colectivización sobre el campesinado, y en general sobre el conjunto de la sociedad soviética,

---

5 Cuando se produjo la crisis de 1927-28 a la que haremos referencia más adelante, Bujarin cambió su posición defendiendo la posición de impulsar una “vigorosa ofensiva contra los *kulaks*”. Ese alineamiento no impidió que fuera desplazado por Stalin.

6 Son numerosos los textos que relatan y discuten las características de la lucha política que se libró entre 1924 y 1928; una síntesis muy lúcida se encuentra en Lowe (2002).

7 El antecedente inmediato de la decisión de impulsar la colectivización estuvo en la crisis producida en el último trimestre de 1927, cuando la oferta de granos a las agencias estatales que lo compraban fue de aproximadamente la mitad de la oferta del año anterior. Las razones de esta crisis son variadas, entre las que se incluía una caída en los niveles de la cosecha, pero (supuestamente) hacía realidad los temores de muchos dirigentes bolcheviques respecto a la capacidad de los mayores productores agrarios de poner en jaque al gobierno a partir del control de la oferta de granos.

8 Un resumen de sus posiciones se encuentra en sus propias palabras: “Qué quiere decir no molestar a las granjas de los *kulaks*? Eso significa dejar libertad a los *kulaks*. Y que significa dejar a los *kulaks* libres? Significa darles poder” (Erlich 172-173).



es amplia y muestra las dramáticas dimensiones de lo ocurrido<sup>9</sup> -algún autor utilizó la expresión “la noche de San Bartolomé” de los campesinos- (Losurdo 144); pero el objetivo que nos hemos propuesto no pasa por el análisis de esta problemática sino que apunta a revisar las diferentes posturas asumidas por los historiadores y economistas relativas al impacto de la colectivización sobre el desarrollo industrial.

Puede afirmarse sin temor a error que el punto de partida de la discusión académica fue un polémico libro publicado en 1962 por Alec Nove, cuyo título nos ha inspirado para titular este texto: *¿Fue Stalin realmente necesario?*

La idea principal de Nove es la siguiente: dadas las premisas ideológicas -anticapitalismo, desconfianza hacia el campesinado- y sus temores respecto de la evolución de la situación internacional, la colectivización era la única opción viable para Stalin y los bolcheviques. Y, completando su argumentación, aunque exponiéndolo de manera menos rotunda, afirmó que la agricultura colectivizada constituyó una fuente de recursos para el impulso alcanzado por la industrialización a lo largo de la década de 1930<sup>10</sup>. Podría afirmarse que se trataba, por lo menos parcialmente, de la propuesta de Peobrazhensky concretada a partir de la utilización de métodos no económicos, incorporando una violencia extrema.

De cualquier forma, expresaba, argumentando en términos académicos, la visión proveniente del campo historiográfico soviético y constituía la ortodoxia predominante, asumida también por historiadores occidentales como Maurice Dobb (1948).

Las afirmaciones de Nove fueron objeto de duras críticas, ya en la década de 1970. Si revisamos los argumentos de James Millar (1990), uno de los principales cuestionadores de sus posturas, éstos son los siguientes: las fuentes estadísticas disponibles muestran que no hubo un flujo de recursos desde la agricultura hacia la industria, por el contrario, el proceso fue justamente el inverso; las vías a través de las cuales se verificó esto fueron dos: por una parte las grandes inversiones en tractores que se debieron realizar para compensar la brutal reducción en el número de animales que se produjo como consecuencia de la colectivización (los *kulaks* obligados a abandonar sus tierras mataron al ganado antes de partir, y también el hambre contribuyó a esta matanza generalizada); por otra, la autorización concedida a los campesinos para que vendieran a precios libres lo que producían en las pequeñas parcelas que rodeaban a sus viviendas, lo que

---

9 Referencias de importancia se pueden encontrar en Moshe Lewin (1975), Robert Davies (1980), Lynne Viola (1987), William Rosenberg y Lewis Siegelbaum (1993), Andrea Graziosi (1996) y Paul Gregory (2004)

10 Es preciso destacar que ese era uno de los objetivos para el mismo Stalin.



dio como resultado un importante ingreso adicional para las familias. Si bien la producción proveniente de las granjas colectivas, afectada por los bajos precios que les pagaba el Estado, dio lugar a una transferencia neta de recursos por parte de éstas, no fue suficiente para revertir el proceso favorable al sector agrícola. El economista ruso A. A. Barsov probó con un análisis estadístico que, en última instancia, la financiación del Primer Plan Quinquenal provino tanto de la explotación del campesinado como de los trabajadores industriales, según ha señalado Ward (1999).

El análisis crítico de Millar va más allá de la postura de Nove, apuntando a dos cuestiones relacionadas con el comportamiento campesino y los errores que existían entre los bolcheviques respecto del sector agrario: 1) nunca estuvo clara la distinción entre *kulaks* y campesinado medio; si un campesino medio emprendedor compraba tierra y pasaba a ser definido como *kulak*, la política gubernamental destinada a favorecer al campesinado medio finalmente estaba dirigida a los menos eficientes, con lo cual disminuían las posibilidades de aumentar la producción y mejorar las técnicas de cultivo; 2) siguiendo los análisis de Alexander Chajanov, el mayor teórico de la economía campesina, Millar sostenía que en el campo ruso, dada su organización tradicional, la respuesta a una caída de los precios no era necesariamente una retención de los excedentes sino por el contrario, por lo menos en el corto plazo, un aumento de la producción; por lo tanto, más allá de la existencia de un sector militante en contra de los comunistas (seguramente escaso), en el campo soviético no existía el riesgo de un sabotaje sistemático y organizado. Incluso existía una polémica no resuelta de manera rotunda entre historiadores rusos respecto de la existencia o no de *kulaks* y de su cuantía en la década de 1920<sup>11</sup>.

El debate respecto de la colectivización continuó en los años previos y posteriores al cambio de siglo, enriquecido ahora por la introducción sistemática de sofisticados elementos econométricos auxiliados por importantes recursos informáticos, que permitieron tanto comparar la evolución de la economía soviética real con alternativas que no incluyeran la colectivización, como proyectar el posible desempeño de la NEP. Por supuesto, y esto casi no hace falta aclararlo, estos cálculos dejan de lado casi por completo los factores políticos y las consecuencias sociales de las alternativas que se estudian.

---

11 Mientras Viktor Danilov (1988) defendía la idea de la existencia de un núcleo significativo de campesinos ricos. En Nove (2009) la figura de Viktor Tikhonov sostenía que los *kulaks*, campesinos con mentalidad capitalista, prácticamente desaparecieron luego como consecuencia de la Revolución.

El punto de partida lo constituyó un artículo de Holland Hunter publicado en 1988 titulado “Soviet Industrialization with and without Collectivization”. Se trató del primer análisis contrafáctico realizado sobre el tema y las conclusiones fueron rotundas: el desempeño de la agricultura soviética hubiera sido muy superior si no se hubiese puesto en marcha la colectivización. De acuerdo a sus cálculos, en el momento culminante de la colectivización la cosecha estaba 25 por ciento y la ganadería 50 por ciento por debajo de los niveles que hubiera alcanzado si la colectivización no se hubiera concretado; más impactante todavía era el tema demográfico: en 1940 la población estaba 15 millones por debajo de la población esperada (188.9 frente a 173.6 millones de habitantes).

En un trabajo anterior junto a Everett Ruttan (1981), menos convincente, Hunter calculó que durante la década de 1930 el conjunto de la economía soviética sin la colectivización hubiera alcanzado niveles de crecimiento similar a los niveles reales, por lo que su conclusión es muy clara: la colectivización retardó el crecimiento de la agricultura y no contribuyó a impulsar el proceso de industrialización.

En su investigación más ambiciosa, acompañado por Janusz Szyrmer (1992), Hunter se propone un objetivo concreto: sin intentar analizar los aspectos políticos, culturales y militares del proceso que condujo a la Unión Soviética a la participación en la Segunda Guerra Mundial, busca determinar “cuál de las políticas económicas alternativas era la mejor para enfrentar el esfuerzo de guerra de forma más efectiva” (Hunter y Szyrmer, 3). Para alcanzar ese objetivo, los autores utilizan un modelo macroeconómico de simulación denominado *Kaprost*, destinado a obtener estimaciones del impacto que podían producir políticas económicas alternativas, partiendo de las fuentes estadísticas soviéticas.

El resultado es una obra densa y adecuadamente construida a partir de su objetivo; el método es claro: elabora una base de evidencia cuantitativa sólida, que permite abordar diferentes cuestiones a las que se les intenta dar una respuesta, inevitablemente sujeta a controversia, como los mismos autores puntualizan. El modelo utilizado es lo suficientemente complejo como para brindar un panorama amplio de los resultados posibles de la economía soviética en su conjunto, no solo sin la colectivización sino también con la posibilidad de una guerra o sin ella, o con una política destinada a incrementar (o no) los niveles de consumo de la población.

El análisis conduce a consideraciones que refuerzan sus trabajos anteriores: si bien los resultados -el triunfo en la guerra frente al poderoso ejército alemán- pueden ser utilizados como justificación de las políticas económicas adoptadas, la evidencia que surge del modelo contrafáctico utilizado indica: 1) que el crecimiento del conjunto de la industria pudo haber sido más acelerado; 2)

que el stock de capital fijo pudo ser mayor y mejor distribuido entre los diferentes sectores; 3) que las presiones extremas impuestas por Stalin condujeron con frecuencia al derroche de recursos.

En cuanto al tema de la colectivización, Hunter y Szyrmer afirman que ésta no solo causó enormes daños sino que fue económicamente inefectiva: “con precios más altos en la agricultura, sin llevar a cabo la colectivización, los objetivos pudieron haber sido alcanzados en mejores condiciones” (260). Si el objetivo de la colectivización fue generar un excedente destinado a financiar la industrialización, de acuerdo al estudio esto no ocurrió, coincidiendo con las afirmaciones de Millar y otros investigadores. Además, campesinos que marcharon hacia las ciudades (algo más de 11 millones) obligaron a distraer esfuerzos en materia de vivienda e infraestructura que, aunque insuficientes, ya que sobre todo el problema habitacional en las ciudades fue enorme, pudieron haber sido aplicados a otros fines vinculados con los objetivos propuestos.

Por lo tanto, el análisis contrafáctico parecía reforzar la idea de que la colectivización no solo fue una catástrofe en términos humanos sino que sus beneficios económicos fueron nulos, o incluso negativos. La visión tradicional, que antes de Nove ya había expuesto en 1948 Maurice Dobb en un trabajo casi ensayístico por la carencia de fuentes, se veía fuertemente cuestionada.

Sin embargo, en 2003 una obra cuidadosamente fundamentada renovó el debate: se trató de “Farm to Factory. A Reinterpretation of the Soviet Industrial Revolution”, de Robert C. Allen, Profesor de Historia Económica de la Universidad de Oxford.

El autor parte de una certeza: “si no hubiera existido la revolución comunista y los Planes Quinquenales, Rusia hubiera permanecido en el atraso como la mayor parte de América Latina y el sur de Asia” (Allen 17). A partir de esta toma de posición el objetivo de su libro es estudiar los costos y beneficios de la “revolución industrial de Stalin”, y analizar por la vía de la construcción de modelos de simulación la viabilidad de alternativas que evitaran la catástrofe social producida por el estalinismo.

El desarrollo de sus argumentos conduce a varias afirmaciones en relación con la importancia de la colectivización para el crecimiento industrial y con la validez de alternativas al rumbo económico impuesto por Stalin, que reabre la polémica entre la ortodoxia y sus cuestionadores.

Si bien en principio coincide con quienes afirman que los términos de intercambio favorecieron al sector agrario durante los primeros años de la industrialización, introduce un nuevo elemento que obliga a retornar a Preobrazhensky por una vía distinta: la introducción de un impuesto a las ventas de bienes de consumo, abonado por los campesinos, que dio lugar a una importante transfe-

rencia de recursos en beneficio del Estado: “el algodón, el grano y la carne vendidos por las granjas colectivas a las agencias del Estado se convertían en vestidos, pan y salchichas por las industrias estatales de bienes de consumo; inversiones mayores requerían mayores impuestos” (175). Entonces, los argumentos de Millar y quienes con él sostuvieron que el campo se vio favorecido deberían ser revisados en función del hecho que, si no hubiera existido el impuesto a las ventas y otros gravámenes, el incremento de precios de los productos agrarios en un contexto de alta inflación hubiera sido mucho más elevado que el de los productos manufacturados; la diferencia con la evolución real de los precios quedó en manos del Estado. En resumen, afirma Allen, “Stalin fue Preobrazhensky en acción” (102).

En cuanto a la evaluación general de la colectivización, el autor afirma que desempeñó un papel contradictorio: su impacto en la producción agraria fue negativo en los años en que se concretó, y ello repercutió sobre el PBI total limitando además la producción de bienes de consumo. Pero, “por una vía perversa”, aceleró la industrialización expulsando a la población del campo:

“Sin la colectivización, la migración del campo a la ciudad hubiera sido menor, las ciudades hubieran sido más pequeñas, y la producción industrial más reducida. La industrialización soviética estuvo apuntalada por una rápida transferencia de trabajadores desde las granjas a las fábricas, y la colectivización aceleró ese proceso” (110)<sup>12</sup>.

De cualquier manera, se preocupa en destacar que finalmente “su impacto global fue modesto” (110).

Allen asimismo aborda el tema de las posibilidades de crecimiento de la Unión Soviética en términos comparativos, utilizando un modelo de simulación que permite confrontar la realidad de una economía colectivizada, con la alternativa de continuidad de la NEP, e incluso con un eventual retorno a una economía capitalista.

Los resultados obtenidos difieren de forma significativa de los de Hunter y Szyrmer que, como vimos, se mostraron muy críticos respecto de las consecuencias de la colectivización. Pero no solo en esa cuestión los resultados difieren: a partir de la utilización de varios niveles de inversión afirma que las

---

12 Esta afirmación ha sido objeto de duras críticas, al sostenerse que buena parte de los campesinos trasladados a las ciudades en el corto plazo eran más un problema que una solución por sus dificultades de adaptación, tanto en el problema de la capacitación como en el de la disciplina laboral.

diferencias entre los resultados reales de la economía post-colectivización y los resultados que podrían haberse obtenido manteniendo los principios de la NEP son muy similares (muy superiores a una economía capitalista), con lo que, concluye:

“La modificación de la NEP incluyendo la planificación central, altos niveles de empleo y la expansión de la industria pesada, constituía un programa que aseguraba el crecimiento del capital, de la producción, y de los niveles de vida de la población. Al agregar la colectivización se favoreció muy poco el crecimiento y se corrompió el socialismo” (171).

La conclusión final del libro, que en su desarrollo aborda asimismo el tema de la evolución y estancamiento de la economía soviética luego de la Segunda Guerra Mundial, es que en el período que va desde 1928 hasta la invasión nazi en 1941 la opción encarada por Stalin fue económicamente correcta pero las espantosas consecuencias sociales pudieron ser perfectamente evitadas sin que se vieran afectados los objetivos del crecimiento y la industrialización.

### 3. CONCLUSIONES

En alguna ocasión, en los primeros años de la *perestroika*, Gorbachov reivindicó a la NEP como una vía adecuada para el desarrollo soviético, y calificó a la colectivización ordenada por Stalin como un desvío respecto de las ideas de Lenin. Ya hemos hecho referencia al hecho de que la postura de Lenin respecto a la NEP no se caracterizó por la coherencia aunque, como muestra el discurso al que hemos hecho referencia, en los últimos años de su vida pensara que ésta tenía una larga vida por delante.

El problema es que para la mayoría de los dirigentes y de la militancia tradicional, para quienes ‘hicieron’ la Revolución en octubre de 1917 y luego triunfaron en la terrible Guerra Civil, el ideal igualitario estaba fuertemente internalizado. Expresiones como ‘¿Y ahora volverán los hombres ricos?’ daban cuenta de la desconfianza que generaba la nueva realidad que estaba surgiendo como consecuencia de la NEP. Esa mentalidad ‘antiburguesa’, la desconfianza respecto del comportamiento de los campesinos, y la sospecha siempre presente de que las potencias imperialistas estaban continuamente conspirando para acabar con la experiencia soviética, constituyeron factores importantes a la hora de explicar por qué se puso en marcha la colectivización del campo.

En general, los textos analizados, que por supuesto rechazan el método ‘salvaje’ utilizado por Stalin, niegan que la colectivización haya sido un factor realmente positivo para el proceso de industrialización planificado que se inició en 1928 con el Primer Plan Quinquenal. Mientras Millar y el trabajo de Hunter y Szyrmer consideran que fue altamente negativa y ni siquiera cumplió las expectativas de quienes la impulsaron, Allen le otorga una escasa contribución al crecimiento económico posterior. Sin embargo, los argumentos de Nove son sólidos y van mucho más allá de las cuestiones estrictamente económicas: al plantear, tal vez utilizando un término equívoco, que la colectivización fue “necesaria”, no estaba mostrando una postura determinista -como sostuvo Millar- ni estaba justificando el tratamiento dado a los campesinos, sino que se estaba refiriendo al hecho de que en la coyuntura de 1928-29, la situación política no daba lugar a pensar en alternativas. El marco estrecho en el que se movían ideológicamente los bolcheviques no admitía la economía de mercado. Pensar, por ejemplo, en la posibilidad de aplicar el modelo propuesto por Preobrazhenski, aliado político de Trotsky, conduce a formularse algunas preguntas significativas como ésta: ¿era posible pensar en un comportamiento pasivo del campesinado si era sistemáticamente afectado por una relación de precios desfavorable y un crecimiento de la presión impositiva?

Para sintetizar la cuestión, es preciso transcribir el juicio de quien fue el mayor especialista en Historia Agraria de la Unión Soviética, Viktor P. Danilov:

“Los problemas de la propiedad campesina familiar (...) solo podían ser resueltos por una de estas dos vías: a través de su desaparición como consecuencia de un desarrollo capitalista, o como consecuencia de la organización de grandes granjas colectivas” (Danilov 305).

Frente a esta opción, cabe hacer referencia a la famosa disyuntiva del judío que para calmar su apetito tiene que elegir entre un sándwich de jamón y uno de queso; no hay opción posible. Stalin y los bolcheviques, estuvieran o no a favor de éste, en su abrumadora mayoría no querían la continuidad de la NEP. Otra cosa muy diferente es pronunciarse frente a los métodos utilizados por Stalin para proceder a la “deskulakización” y a impulsar por la vía de la coerción el establecimiento de granjas colectivas.

Esta conclusión nos conduce a la otra cuestión que se ha tratado en el texto. Los modelos contrafácticos a los que hemos hecho referencia muestran, con diferentes niveles de énfasis, las posibilidades que para el crecimiento económico global de la Unión Soviética brindaba una economía mixta, con un importante papel desempeñado por el Estado. Si bien, como acabamos de argumentar, la



NEP no constituía una opción en esa coyuntura histórica por cuestiones estrictamente políticas, tanto el modelo de Hunter y Szyrmer como el de Allen, éste en mayor medida, muestran que el modelo de economía planificada cumplió su tarea de impulsar el crecimiento económico en una coyuntura en la que la Unión Soviética debía superar, como sostuvo Stalin en un famoso discurso, “un atraso de cinco siglos en diez años”.

En un momento en el que la hegemonía de las concepciones que descalifican el papel del Estado conforman, utilizando el lenguaje de Thomas S. Kuhn (1971), un elemento fundamental del paradigma dominante en la ciencia económica, ejercicios como los que hemos revisado, realizado por investigadores que están lejos de ser definidos como “marxistas”, aparecen como “anomalías” que desafían a la “ciencia normal”.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Allen, Robert. *Farm to Factory: A Reinterpretation of the Soviet Industrial Revolution*. Princeton and Oxford: Princeton University Press, 2003. Impreso.
- Avrich, Paul. *Kronstadt 1921*: Nueva York y Londres: W.W.Norton and Company, 1974. Impreso.
- Ball, Alan. *Russia's Last Capitalists: The Nepmen, 1921-1929*. Berkeley and Londres: California University Press, 1987. Impreso.
- Cohen, Stephen. *Bujarin y la Revolución Bolchevique*. España: Siglo XXI, 1976. Impreso.
- Danilov, Viktor. *Rural Russia Under the New Regime*. Indiana: Indiana University Press, 1988. Impreso.
- Davies, Robert. *The Socialist Offensive: The Collectivisation of Soviet Agriculture, 1929-1930. The Industrialization of Soviet Russia*. 2 Vols. Cambridge Mass: Harvard University Press, 1980. Impreso.
- Dobb, Maurice. *Soviet Economic Development since 1917*. Londres: Routledge and Kegan Paul, Londres, 1948. Impreso.
- Erlich, Alexander. *The Soviet Industrialization debate, 1924-1928*. Cambridge Mass: Harvard University Press, 1960. Impreso.
- Figes, Orlando. *Peasant Russia, Civil War: The Volga Countryside in Revolution 1917-1921*. Londres: Phoenix Press, 2001. Impreso.
- Getzler, Israel. *Kronstadt 1917-1921: The Fate of a Social Democracy*. Cambridge Mass: Cambridge University Press, 2002. Impreso.
- Graziosi, Andrea. *The Great Soviet Peasant War: Bolsheviks and Peasants, 1917-1923*. Cambridge Mass: Ukrainian Research Institute of Harvard University, 1996. Impreso.



- Gregory, Paul. *The Political Economy of Stalinism: Evidence from the Soviet Secret Archives*. Cambridge (RU): Cambridge University Press, 2004. Impreso.
- Gregory, Paul y Robert Stuart. *Soviet Economic Structure and Performance*. Nueva York: Harper Collins Publishers, 1990. Impreso.
- Hunter, Holland. "Soviet Agriculture with or without Collectivization". *Slavic Review*, vol. 47, n° 2, Summer 1988, pp. 203-216. Impreso.
- Hunter, Holland y Everett Rutan. "Modelling Structural Change Using Early Soviet Data". *Journal of Development Economics*, vol. 9, n° 1, August 1981, pp. 65-87. Impreso.
- Hunter, Holland y Szyrmer, Janusz. *Faulty Foundations: Soviet Economic Policies 1928-1940*. Princeton: Princeton University Press, 1992. Impreso.
- Kotkin, Stephen. *Stalin I: Paradoxes of Power*. Nueva York: Penguin Press, 2014. Impreso.
- Kuhn, Thomas. *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1971. Impreso.
- Lewin, Moshe. *Russian Peasants and Soviet Power: A Study of Collectivization*. Nueva York y Londres: W.W. Norton and Company, 1975. Impreso.
- Losurdo, Domenico. *Stalin: Historia y Crítica de una Leyenda Negra*. Madrid: El Viejo Topo, 2008. Impreso.
- Lowe, Norman. *Mastering Twentieth Russian History*. Basingstoke and Nueva York: Palgrave, 2002. Impreso.
- Malle, Silvana. *The Economic Organization of War Communism, 1918-1921*. Cambridge Mass: Cambridge University Press, 1985. Impreso.
- Mett, Ida. *The Kronstadt Uprising*. Londres: Solidarity Pamphlet, 1967. Impreso.
- Millar, James. *The Soviet Economic Experiment*. Urbana y Chicago: Illinois University Press, 1990. Impreso.
- Nove, Alec. *An Economic History of the U.S.S.R.* 3th edition. Londres: Penguin Books, 1990. Impreso.
- Nove, Alec. *The Stalin Phenomenon*. Londres: Weidenfeld and Nicolson, 1993. Impreso.
- Pirani, Simon. *The Russian Revolution in Retreat, 1920-24: Soviet Workers and the New Communist Elite*. Londres: Taylor Francis, 2009. Impreso.
- Preobrazhenski, Evgeni. *La nueva economía*. Córdoba: Pasado y Presente, 1972. Impreso.
- Rosenberg, William y Lewis Siegelbaum, eds. *Social Dimensions of Soviet Industrialization*. Bloomington e Indianapolis: Indiana University Press, 1993. Impreso.

- Saborido, Jorge. *Las etapas de la economía soviética 1917-1928*. Santa Rosa: Amerindia, 2006. Impreso.
- Service, Robert. *Lenin: Una biografía*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2001. Impreso.
- Shanin, Teodor. *La clase incómoda: Sociología política del campesinado en una sociedad en desarrollo. Rusia 1910-1925*. Madrid: Alianza, 1983. Impreso.
- Siegelbaum, Lewis. *Soviet State and Society between Revolutions, 1918-1929*. Nueva York: Cambridge University Press, 1992. Impreso.
- Stuart, Robert. ed. *The Social Rural Economy*. Rowman and Allanheld, 1984. Impreso.
- Viola, Lynne. *The Best Sons of the Fatherland. Workers in the Vanguard of Soviet Collectivization*. Nueva York y Oxford: Oxford University Press, 1987. Impreso.
- Ward, Chris. *Stalin's Russia*. Nueva York: Arnold y Oxford University Press, 1999. Impreso.

